



NUM. 8.

MADRID, 30 DE ABRIL DE 1858.

AÑO II.

DOS DE MAYO DE 1808.

I.



ivo está y estará siempre el recuerdo que el fúnebre clamoreo de las campanas desparamándose por el viento el día dos de Mayo, evoca en nuestro espíritu: es el recuerdo de las glorias y los dolores del pueblo generoso que, hace medio siglo, se ofreció en holocausto á la pa-

tria, vilmente hollada por planta extranjera, escribiendo al mismo tiempo con la sangre preciosa de sus hijos la primera página de la redención española.

Bonaparte conocia que solo la astucia, el disimulo y el engaño podrian domeñar á esta nacion, heroica entre todas las naciones heroicas del globo; y fingiéndose amigo, y bajo pretexto de pasar á Portugal, renueva la invasion de Carlo-Magno, olvidando la historia de Roncesvalles, y lanza de las cumbres de los Pirineos la flor de sus ejércitos al mando de los capitanes mas famosos del siglo. Merced á esta infame traicion, nuestras plazas fuertes quedaron convertidas en nidos de aquellas águilas hambrientas que se habian cernido en Oriente sobre las Pirámides, y en Occidente sobre las llanuras y las montañas de Europa, y que esperaban el momento de caer sobre la codiciada presa que habia de formar parte de la monarquía universal, soñada por el gran bandido.

Aherrojada sin lucha la nacion española; atraidos alevosamente á Francia el jóven monarca Fernando, el infante don Carlos y los reyes padres, y huérfana de proteccion porque la Junta Suprema, único poder que la gobernaba, carecia de dotes de civismo, inteligencia y energia á la altura de las circunstancias, devoraba en

silencio su afrenta y su amargura, é iba á ser bórada del catálogo de las naciones independientes; sino se salvaba por sí misma haciendo un esfuerzo sublime que recordase las glorias de Covadonga.

Y esa hora habia llegado. Los ánimos andaban inquietos; el odio, reconcentrado hasta entonces, ya mal reprimido, revelábase á la luz del dia en todas partes y en todos los semblantes; el nombre francés era maldecido de un extremo á otro de la península, y todos los oidos percibian esos rumores vagos, sordos, incesantes, inesplicables que preceden á las tormentas populares. Pero donde la fermentacion llegaba á su colmo y el sufrimiento no conocia ya limites, era en la capital del reino, en cuyo recinto é inmediaciones habia agolpado el usurpador sesenta mil combatientes, los soldados mas aguerridos del mundo.

De repente cunde la noticia de que Murat, gran duque de Berg, va á presentar á la Junta una carta de Carlos IV dirigida al infante don Antonio Pascual, presidente de la misma, ordenándole que al punto disponga que salgan de España la reina de Etruria y el infante don Francisco de Paula, fijando para ello el día 2 de mayo. En cuanto á la partida de la primera, hija del anciano monarca, amiga del privado y de la Francia, al pueblo le era indiferente; pero no asi respecto de la del segundo, como muy pronto vinieron los sucesos á demostrarlo.

II.

Era el día 1.º de mayo de 1808. Murat habia dispuesto segun costumbre, para amedrentar al pueblo, pasar revista á sus tropas en el Prado, como la pasó, en efecto, despues de oír misa, por ser domingo, en el convento del Cármen: Siempre habia acudido gran concurrencia á las revistas, aunque mas bien por mera curiosidad que con deliberada intencion de mostrar claramente el desprecio profundo que la inspiraban tan belicosos alardes. Al volver Murat al interior de la capital, entre el estruendo armonioso de las músicas militares, rodeado de generales y seguido de su ejército; cuyas armas y uniformes brillaban al sol como un rio de plata y oro, todas las calles del tránsito se hallaban obstruidas por un gentío inmenso, pero silencioso y amenazador como nunca.

Si se oía tal cual palabra, pronunciábanla los labios de algun hijo del pueblo madrileño, que para revelar el odio que hervia en su corazon no usaba de pavorosas exclamaciones, ni de trágicos ademanes, sino del picante y espresivo gracejo que le es propio. Murat habia atravesado la calle de Alcalá sin accidente que digno de men-

cion sea; y al desembocar dos ayudantes en la Puerta del Sol, llena tambien de damas y currutacos, de manolas y artesanos, de casacas y pelucas empolvadas, de berlinas y forlones, una manola que llamaba la atencion asi por su provocativa hermosura, como por su rumbo y singular donaire, plantóse en medio del arroyo con los brazos en jarras.

Iba Maruja—que tal era su nombre—de manga corta, luciendo un brazo que envidiaria la misma Venus, y llevaba á la cabeza una peineta de plata derribada á la izquierda, detrás de una espléndida rosa de Alejandria y un ramo de jazmines, flores que igualmente ostentaba prendidas en medio del levantado pecho. Un corpiño de raso negro, con hombreras de madroños y bellotitas de pasamaneria, saya corta de la misma tela con iguales adornos y largos flecos de seda, media calada y como el ampo de la nieve, ceñida sin la mas leve sombra de arruga á una pierna soberana, cuyo pié artísticamente modelado parecia de una niña de doce años; zapato bajo de tabinete con escarpela rizada, y una ancha tira de terciopelo por mantilla, terciada á manera de banda, componian el traje de la airosa madrileña.

Uno de los ayudantes, porque el otro ya corria por la calle Mayor, tuvo que sujetar un momento el caballo para no atropellar á la manola, quien aprovechando la ocasion acercóse al oficial y le dijo:

—Agur, monsiú.

Y volviendo la cabeza á los circunstantes, añadió:

—¡Sobre que se le han encandilao los ojos á esta criatura! Dígale su mercé á su amo don Morral, ó Murat ó como se yame, cay una rial moza que le requiere. Con que repitiendo; agur y mandar, monsiú; me recopiló á los piés de su mercé.

Hízole una reverenda cortesía, y tornó á su sitio entre los aplausos de la multitud que, saliendo de su silencio sombrío, alentada con el ejemplo de Maruja, no bien distinguió á Murat le saludó con una silba que no la oyó tan estrepitosa en plaza alguna el toro mas marrajo. El gran duque, tal vez por convenirle á la sazón evitar que semejante demostracion adquiriese otro carácter, pues la prudencia no era virtud que le fuese muy familiar, sufrió sin alterarse aquella carrera de baquetas, jurando, no obstante, en su interior vengar tamaña afrenta con un escarmiento que horrorizase al mundo.

III.

A las ocho de la mañana del día 2 hallábanse en el cuarto bajo de un viejo casucho de la calle de Avapiés

tres personas, á una de las cuales ya conocemos, era la tentadora Maruja en cuerpo y alma, ataviada lo mismo que en la víspera, y mirándose á un pedazo de espejo medio desazogado, indigno ciertamente de reflejar la soberbia belleza de la gentil manola, quien sin duda se preparaba á salir á la calle á conquistar voluntades y robar corazones.

Al pié de la reja estaba sentado su padre, el señor Geromo, hombre de pelo en pecho como suele decirse, moreno como un gitano, de unos cincuenta años de edad, pero robusto, recién afeitado y recién peinadas las estrechas y rectas patillas de cuatro dedos de largo, camisa de chorrera, sombrero apuntado, larga coleta, chupa de seda color de leche bordada de flores amarillas y lentejuela, casaca morada, calzon negro de pana, medias de estambre azul, zapatos con hebillas, y cubriendo toda su respetable persona una capa de tela color de chocolate con esclavina cortada á picos. El señor Geromo parecía por su traje y su gravedad, todo un corregidor.

Acompañábales Lagartija, el pretendiente de Maruja, moacebo conocido en Avapiés, en el Rastro y en Maravillas; menudo y listo como una ardilla, gran jugador de naipes, maestro en el manejo de la navaja y valiente hasta rayar en temerario. Ninguno de sus compañeros punteaba mejor una vihuela; pocos entonaban con la gracia que él una copla, y no había nacido en el universo mundo quien le echase el pié delante en esto de bailar unas boleras. Amaba á Maruja como á las niñas de sus ojos, á pesar de los desdenes de esta, que picaba mas alto; y aunque aborrecía como ella á los enemigos de su patria, pues era español hasta la médula de los huesos, por ella habría sido capaz de pasarse al francés, sacrificio el mas heroico que un verdadero español pudiera concebir en aquellos aciagos dias, cuanto mas llevar á efecto.

La mañana estaba deliciosa, despejado el cielo, y alegres pajarillos tendiendo sus alas por el aire tibio, inundado de luz y de perfumes, iban de vez en cuando á posarse en los rosales y enredaderas de la reja, saludando con sus gorgeos á la reina de las manolas, que cuidaba por su mano á dos tórtolas colgadas en jaulas de mimbre, en las cuales ponía comida bastante para estas y para las aves que del campo acudian á visitar á sus cautivas compañeras.

Lagartija preluaba una tocata en la vihuela.

El señor Geromo, apoyado un codo en la mesa de pino que á su lado tenia, y la cabeza en una mano como quien á serias meditaciones se entrega, hacia rato que callaba; cuando levantándose de repente dijo, encarándose con Lagartija:

—Dígame, Manolo, que los españoles de estos tiempos no tenemos el aquel de los antiguos, y que somos unos gayinas, con mucho pico y mu poca virgüenza.

—Señor Geromo, respondió Lagartija colgando la guitarra en un clavo romano, los españoles del día tenemos tambien el corazón á la izquierda, y en cuantis sofresca la casion... no igo mas.

—Pues ya esa casion ha yegao. Murat mandó anoche á icir á la junta que hoy mismo proclamará á Carlos IV, si no le entriega el infante don Francisco pa invarlo á estranjis. Y es sugeto abonaopacerlo, y golverá á traernos al favorito Godoy, que Dios confunda, y ayá serán capaces de apretar el goyete á Fernando. Ya no pué uno ser güeno. Esos perros quien sangre, y se van á encontrar con la orma de su zapato.

—Del dicho al hecho hay mucho trecho, señor Geromo; y si en la junta hubiese hombres de corazón y patriotas, no quedaba francés pa contarlo, que bien lo merecen. ¡Si no tienen religion! ¿Le parece á su mercé que no hay en Madri quien se trague la artiyeria que tiene Murat en el Retiro, y la Guardia imperial, y la division de infanteria de Meynier, y la division de cabayeria, con cabayos y todo?

—No te dejes en el tintero las tropas acantonás en San Bernardino, en el Parlo, en Chamartin, en Fuen-carral, en Pozuelo, en Toledo y en Segovia; porque esos marlitos de cocer son mas que las hormigas del campo y las arenas del Manzanares.

—Lo malo siempre abunda.

—¿Y qué guaricion tiene la junta en Madri? Tres mil hombres, y á esos no les dejan pasal de la puerta de los cuarteles.

—Porque la junta y los gefes de tropa estarán vendidos al francés, observó Maruja, calzándose un zapato.

—Y el pueblo ¿qué hace? preguntó el señor Geromo. Ir de dia á las mojigancas de las revistas, á ver á esos musulmanes de mamelucos, y de noche á la ritreta... ¡Si mandase este cura!

A las ocho y media entró Juanelo, carnicero con tabla en la Plaza de la Cebada, en mangas de camisa, suelando á chorros, jadeante, mas sofocado que un horno y con los ojos saltándose de las órbitas.

—¿Qué hay, Juanelo? preguntaron á un tiempo el señor Geromo, Lagartija y Maruja.

—Que estamos perdidos: la Plaza de Palacio está yena de gente, porque á las nueve se nos van á yegar las presonas riales.

—No pué ser: dijo con aplomo Lagartija.

—He visto yo mismo los coches.

—Serán pa la reina de Etruria y sus hijos: váyanse benditos de Dios, y así cargue con ojos el diablo: exclamó el señor Geromo.

—Es que tras ojos irá el infante don Antonio, y tras el infante don Antonio el infante don Francisco...

No bien pronunció Juanelo el nombre de este último, el señor Geromo entró en la alcoba, saliendo cuatro minutos despues con un trabuco para él, y un par de pistolas que distribuyó entre el carnicero y Lagartija, dando á Maruja una tremenda navaja que con trabajo acomodó esta en un bolsillo disimulado del corpiño, no sin que alojase algo las costuras el volumen del instrumento.

Armados de esta suerte, el señor Geromo dijo á su ejército:

—Andando se quita el frio; vamos, hijos que hoy va á ser dia grande.

Y se dirigieron los cuatro á la Plaza de Palacio, punto en el cual iban desembocando por diferentes avenidas los habitantes de la córte, atraidos por las siniestras noticias que de muy temprano corrian de boca en boca, y que acababan de colmar la copa del sufrimiento. Cuando llegaron á la Plaza de Palacio, apenas se podia dar un paso por ella. Hombres, mujeres y niños de todas clases y condiciones habian acudido allí como si se les hubiese citado.

Ya no cabia duda acerca de la próxima salida de las personas reales: allí estaban, segun el anuncio de Juanelo, los coches destinados al objeto, y allí una gruesa escolta de la Guardia imperial que en vano intentaba despejar el sitio. El pueblo clavaba tristemente la vista en las puertas del régio alcazar, y mas de un ojo centellante acechaba por entre el embozo de la capa y el sombrero apuntado los movimientos de la escolta, como si esperase una imprudencia, una amenaza, un motivo cualquiera, mas ó menos plausible, y estos nunca faltaban, para arrojarse á ella y combatirla y anonadarla.

La reina de Etruria y sus hijos subieron á uno de los coches, saliendo de Palacio á eso de las nueve, sin que se levantase ni una sola voz en su favor: bajaron en seguida los infantes don Antonio, presidente de la Junta Suprema, y don Francisco de Paula; y á la presencia de este último, que se hallaba en los primeros años de la infancia y era idolatrado de aquel mismo pueblo, que veia correr lágrimas abundantes de sus ojos, negándose á subir al carruaje, propagóse por la multitud una agitacion instantánea como el relámpago, bastando solamente el trémulo acento de una pobre anciana que levantando al cielo sus descarnados brazos, dijo: ¡Que nos los lleven! para que millares de bocas respondiesen con un grito frenético de furor, repetido por Madrid entero que, como dice un poeta (1)

al águila imperial abrió una herida por do se desangró todo el imperio.

Lánzase la multitud á cortar los tiros de los coches, y la escolta hace una descarga contra ella. A la vista de los cadáveres, el entusiasmo y la rabia exáltanse mas y mas, y el pueblo, empujado, aunque indefenso, empuja desigual combate con los vencedores del mundo.

El señor Geromo habia logrado, á fuerza de empujones, colocarse con su ejército, como él llamaba á los tres que con él salieron de su casa, detrás de la escolta y tan próximo á los caballos que mas de una vez le cruzaron el rostro con la cola.

El ejército del señor Geromo, respondió unánime al grito de la vieja, no solo con los de ¡Muera Napoleon! ¡Viva Fernando! y ¡Viva el infante don Francisco! sino con hechos.

Maruja, que con la irresistible fascinacion de sus ojos atortolaba á un soldado de la Guardia que medio le chapurraba momentos antes una declaracion de amor, inclinándose un poco el cuerpo hácia la manola desde su caballo para besarla, contestó al francés hundiéndole la navaja en el corazón, y diciéndole al par:

—¡Cuánto te quiero, resalao!

El cuerpo del ginete cayó desplomado á los piés de la manola que, apartando del cadáver sus ojos preñados de lágrimas, porque nunca habia tenido espíritu ni para ver matar una gallina, huyó clamando:

—¡Santa Virgen de la Almodena, recibe su alma!

El trabuco del señor Geromo derribó otros dos soldados.

Lagartija viendo caer á sus plantas un pobre anciano herido, se plantó de un brinco en las ancas de un caballo, y doblando su cuerpo flexible como el de una culebra, metió la cabeza por debajo del sobaco del ginete, encaróse con él, y mientras con la mano izquierda le atarazaba el brazo del mismo lado, con la derecha le puso la pistola en la boca, murmurando al dispararla:

—Toma confites; pero no se lo cuentes á nadie, no me yamen afrancesao.

Y de un salto se echó á tierra, poniendo luego piés en polvorosa para repetir la escena en otro punto.

Del carnicero no se diga. Despues de quemar los cartuchos que llevaba, comenzó á descargar puñadas homéricas á diestro y siniestro sobre los soldados de la escolta. Juanelo era hombre de naturaleza hercúlea, talla gigantesca, músculos de hierro y corazón de diamante. Habia cogido un par de guijarros angulosos y cortantes, con los cuales sus brazos de ciclope, girando rápidamente como las aspas de un molino de vien-

to, hundian costillas y magullaban brazos, como si estuviesen armados con la maza de Fraga.

Estos hechos pasaron en menos tiempo del que se necesita para narrarlos; y en verdad que, por triste que sea confesarlo, eran escaso premio á las feroces hazañas de los usurpadores que, en tanto, se cebaban en una multitud inerme é inocente.

Murat, que se hallaba alojado en la casa del favorito á espaldas de Palacio, noticioso de lo ocurrido, inmediatamente destacó al sitio de la refriega un batallon con dos cañones que, sin intimacion prévia, hicieron fuego despejando la plaza, pero con gran pérdida de hombres.

Poco despues todas las tropas francesas que guarnecian la córte y las acantonadas en los pueblos circunvecinos, se fueron posesionando de las calles y puntos principales, dando continuas cargas á los madrileños que, lejos de abatirse, oponian la resistencia mas obstinada que tal vez habrian encontrado en sus campañas los soldados de Bonaparte.

«No se oian, dice un historiador, (2) mas que voces mezcladas con el redoble de los tambores y trompetas que llamaban á los soldados á sus respectivos cuarteles; pero ínterin llegaban las tropas, continuaba en todas partes el asesinato de los franceses aislados. Viéronse jóvenes resueltos sin mas armas que un puñal ó un palo, arrojarse con el mayor denuedo á los franceses, y morir contentos despues de haber atravesado á dos ó tres de estos: otros desde las esquinas asestaban sus tiros contra los edecanes que conducian órdenes, y entorpecian las comunicaciones del enemigo: otros reunidos en corto número, hicieron retroceder grandes masas de caballeria: otros saltando con la mayor agilidad sobre los caballos del enemigo, derribaban á puñaladas á los ginetes, haciéndose dueños del caballo y de las armas: otros degollaban en sus mismas casas á los oficiales alojados en ellas, y que marchaban á reunirse á su tropa: los albañiles desde la altura de las obras en que les sorprendió el movimiento, lanzaban sobre los enemigos cuantas materias tenían á mano. Las mujeres desde los balcones arrojaban tiestos, ladrillos, piedras y agua hirviendo sobre las tropas francesas que recorrían las calles, y hasta los niños tomaban parte en esta heroica lucha; y así se vieron muchos descalzados de pié y pierna, que á diez pasos de distancia tiraban piedras cara á cara á los dragones formados en escuadron, mientras que otros arrastran y golpean al moribundo francés hasta verle dar el último suspiro. Cien combates se traban á la vez en distintos puntos, y el corazón sensible se horroriza al pisar tanto cadáver francés. El odio de los españoles es, sobre todo, inexorable contra los mamelucos que caen en sus manos, ansiosos de herir con un solo golpe un francés y un musulman.»

Los franceses no estaban ociosos. Reunidos los que guarnecian la córte á los que llegaron de fuera, á los tiros aislados de los madrileños contestaban con sesenta mil bocas de fuego, que si arrancaban gritos y ayes de consternacion en ánimos apocados, en pechos varoniles acrecentaban el ardimiento y la sed de venganza, manifestándose estos sentimientos en frases, al parecer sencillas, pero de significacion funesta.

Al pasar por la calle Mayor una patrulla de seis granaderos, que en la misma calle habian degollado á dos mujeres, paráronse á descansar y á limpiarse el sudor que por sus atezados rostros corria; en este momento Juanelo se asoma al balcon de un piso tercero, y volviéndose al señor Geromo, le dice:

—Esos muchachos tienen sed.

—¿Quiéres que les demos agua? pregunta el padre de la manola.

—Si, ayúdeme su mercé; responde el carnicero, señalando un grande armario.

Cogen entre los dos el macizo y pesado mueble, y saliendo al balcon lo dejan caer á plomo sobre la patrulla, gritando Juanelo:

—¡Agua va!

—¡Dos por dos! respondió el señor Geromo. Nada nos deben.

Dos franceses quedan aplastados, y los restantes huyen despavoridos, porque empezó á llover de otros balcones un diluvio de piedras y de balas sobre ellos.

Machacando posteriormente en otra calle la cabeza de un mameluco que habia querido asesinarle por la espalda, exclamó el carnicero:

—Señor Geromo, ¡qué piñones tan gordos venden hoy! ¡No eran así los que cascamos al sol el otro dia en el Campo del Moro!

—¡Como que estos son piñones de la morería! contestó el padre de Maruja.

Lagartija, escondido detrás de una puerta entornada en la calle del Arenal, despachaba á todo francés que por allí pasaba desperligado. Ya no tenia la pistola con que le vimos en la Plaza de Palacio. Habriala perdido sin duda en la brega; pero en cambio llevaba un largo chuzo, regalo inestimable con que le obsequió un herrero de Puerta de Moros.

En el momento de saltar el señor Geromo y Juanelo el armario, acercábase medio arrastras, herido en un pié, un granadero que cometió la vileza de dar un bofetón á una pobre señora porque le tropezó en la acera.

(1) Ribot Fonséré.

(2) Don José Muñoz Maldonado.

Obsérvalo Lagartija, espera á que el granadero se aproxime mas á la puerta, verificado lo cual empuña con fuerza el chuzo y atraviesa con él de parte á parte al enemigo, diciendo:

—Aprieta el paso, tonto: anda á unirte con tus compañeros.

Lefranc, general de brigada, sabe que uno de los puntos más importantes, ó á lo menos de aquellos en que la resistencia parecía formidable, era el llamado Parque de Artillería, situado en el barrio de Maravillas, calle de San José, y que, en suma, no era sino una casa sin grandes obras de fortificación; pero que, merced á sus bravos defensores, reducidos á 33 hombres del regimiento de Voluntarios del Estado, 14 artilleros la mayor parte inválidos, y algunos paisanos y mujeres, al mando de los capitanes don Luis Daoiz y don Pedro Velarde, secundados por el teniente don Jacinto Ruiz, habíase convertido en fortaleza casi inespugnable. El general francés corre, pues, al Parque al frente de las tropas que se hallaban acantonadas en San Bernardino, y es recibido con un fuego tan horroroso como certero, y que sembró el espanto y la muerte en las columnas francesas. Desgraciadamente, cuando ya los restos de estas comenzaban á desmayar apelando á una fuga vergonzosa, una bala hiere en un muslo al intrépido Daoiz quien, mas atento á la común salvación que á su propia vida, continúa en medio de una nube de fuego y de metralla á la cabeza de los suyos, dispuestos á sucumbir entre sangre y escombros primero que rendirse. Pero sus esfuerzos y su abnegación iban á ser inútiles, porque ya faltaban municiones. Velarde pudo recoger un cajón de piedras de chispa; agotáronse tambien estas muy pronto, y ya no quedaba mas esperanza que la de una muerte gloriosa, cuando el enemigo enarboló bandera de paz y pide parlamento. Replegados al interior del edificio los denodados patriotas que lo defendían, Daoiz, que cada vez iba perdiendo mas sangre, pero á quien el espíritu le sostenía firme en la pelea, quedóse en medio de la calle casi solo apoyado en un cañon y espada en mano. Entonces Lagrange se acerca al bravo español y prestando parlamento, levanta el sable para herirle. Daoiz castiga su cobarde traición con una estocada; pero carga sobre él una turba de enemigos, que le dejan en tierra acribillado de heridas á las cuales sucumbió algunas horas despues.

No tuvo mas fortuna su compañero Velarde, quien al salir del almacén del Parque, donde habia ido en busca de municiones, fue mortalmente herido de un pistoletazo por la espalda, siendo un oficial polaco el autor de tan alevoso asesinato.

¡Así perecieron estos dos mártires de la Independencia española, cuyo heroísmo llenó de asombro aun á los mismos enemigos de la patria, y cuya fama y grandeza irán creciendo con el transcurso de los siglos, para ejemplo de las generaciones venideras!

Lejos de terminar con estas catástrofes la lucha, seguía mas encarnizada: la insurrección era general, tomando parte en ella todo el pueblo, y reemplazando las mujeres á los hombres en los puntos de mas peligro, cuando estos sucumbían. Madrid resucitaba los prodigios de Numancia y de Sagunto, ardiendo en deseos de acabar con el extranjero, que profanaba la santidad del hogar doméstico esterminando sin piedad, mancebos y doncellas, ancianos y niños, sacerdotes y magistrados, y entregándose, además, al incendio y al saqueo.

El pueblo, como hemos dicho, no cedia, y mucho menos contemplándose vencedor; solo á la voz de los ministros de la Junta que salieron por las calles agitando pañuelos blancos en señal de tregua, según lo convenido con Murat que habia propuesto este medio, mas bien que compadecido de tanta desgracia, temiendo quedar vencido y derrotado en la demanda, solo á la voz, repetimos, de aquellos ancianos que iban gritando: ¡Paz! ¡Paz! por todas partes, amansóse como por encanto este pueblo indomable al poder de las armas extranjeras.

#### IV.

Faltábale á la negra historia de Murat un epilogo digno de semejante monstruo, y él mismo lo escribió con las manos ensangrentadas mientras los madrileños se retiraban pacíficamente á sus hogares, descansando en la fe de un extranjero; sí, hasta en la fe ¡ tanta era su lealtad! de un extranjero como el duque de Berg, cuñado de Napoleon. Hélo aquí, copiado literalmente de un documento de aquel día:

«Soldados: la población de Madrid se ha sublevado, ha llegado hasta el asesinato. Sé que los buenos españoles han gemido de estos desórdenes: estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean mas que el crimen y el pillage. Pero la sangre francesa clama por la venganza: en su consecuencia mando lo siguiente:

Art. I. El general Grouchi convocará esta noche la comision militar.

Art. II. Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano, serán arcabuceados.

Art. III. La Junta de Estado va á hacer desarmar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes, que despues de la ejecucion de esta orden se hallaren armados ó conservaren armas sin una permission especial, serán arcabuceados.

Art. IV. Todo lugar donde sea asesinado un francés, será quemado.

Art. V. Toda reunion de mas de ocho personas, será considerada como una junta sediciosa y deshecha por la fusilería.

Art. VI. Los amos quedarán responsables de sus criados; los gefes de talleres, obradores y demás, de sus oficiales; los padres y madres, de sus hijos; y los ministros de los conventos, de sus religiosos.

Art. VII. Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos y manuscritos provocando á la sedición, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra, y arcabuceados.»

El bando se ejecutó completa satisfaccion de Murat. Todo comentario es ocioso.

El presidente de la comision militar era un español, sin duda de los buenos, el capitán general don Francisco Javier Negrete.

Numerosas hordas de asesinos extranjeros, beodos y desenfrenados, recorriendo y registrando en las sombras de la noche las calles y casas de la capital, sacrificaron en horrible hecatombe ciudadanos indefensos é inocentes, cuyos ayes desgarradores y el pavoroso estruendo de las descargas que, abrían la puerta de la inmortalidad á centenares de víctimas, eran lo único que interrumpía el silencio sepulcral de aquella noche horrenda (3).

Los combustibles para el gran incendio estaban hacinados: ciento cincuenta mil franceses caminaban, sin saberlo, sobre un volcan, ó si lo sabían aparentaban despreciarlo, ensobrecidos con la conquista de medio mundo. En tales circunstancias, don Juan Perez Villamil, fiscal del Supremo Consejo de la Guerra, que para reponer su salud habia ido á Móstoles, sabiendo el estado afflictivo de Madrid é inflamado por el fuego del patriotismo, toma el nombre de la autoridad municipal del mencionado pueblo y despacha á todas las provincias de comunicacion segura y expedita el siguiente oficio:

«La patria está en peligro. Madrid perezce víctima de la perfidia francesa. Españoles, acudid á salvarle. Mayo 2 de 1808.—El alcalde de Móstoles.»

A poco España toda se levanta como un solo hombre. Los jardines y los bosques sagrados de la patria reverdecen con la fecunda sangre de Mayo, y las viudas, las doncellas y los huérfanos arrancan de ellos laureles y encina para las trescientas coronas que nuestros abuelos y nuestros padres conquistaron en las trescientas batallas ganadas á las legiones del moderno César (4).

¡Qué contraste el del valiente oficio de Villamil, con la menguada carta que el infante don Antonio, presidente de la Junta, remitió el día 4 al baillío don Francisco Gil, horas antes de abandonar el pueblo que se habia sacrificado tan caballerescamente por sus príncipes!

«Al señor Gil (decía la carta).—A la Junta para su gobierno pongo en su noticia como me he marchado á Bayona de órden del rey, y digo á dicha Junta que ella siga en los mismos términos como si yo estuviese en ella. Dios nos la depare buena.—Adios, señores, hasta el valle de Josafat.—Antonio Pascual.»

El día 3, día tambien aciago por los fusilamientos de la montaña del Principe Pio, no se veían los frescos y olorosos mayos que acostumbraban á poner los niños y las jóvenes en celebridad de la Invención de la Santa Cruz, en las puertas de las casas ó delante de las paredes de las aceras. Día era de llanto y de oraciones por los que habian muerto en la víspera, y no de tejer guirnaldas de rosas y de azucenas.

Ya no trepaban por la reja de la manola aquellas verdes enredaderas que vestían las barras de hierro; vacías estaban las jaulas de las tórtolas, y ningun pajarillo se acercaba á ellas buscando el grano de trigo ó la rizada hoja de escarola que allí ponía Maruja todas las mañanas.

(3) La pérdida de los franceses durante el día, añade el mismo autor, fue de mil quinientos muertos; incluyendo un general de división y mas de sesenta oficiales, á los que los españoles persiguieron con mas ardor; al paso que la pérdida de los madrileños, según el expediente formado por el Consejo de Castilla, fue solo de ciento cuatro muertos, cincuenta y cuatro heridos y treinta y cinco estraviados. Según el parte de Monecy, se echaron de menos cinco mil franceses; el general Grouchi rebaja la mitad.

(Muñoz Maldonado).

(4) Acompañamos á este artículo copia del monumento levantado á las víctimas de aquel memorable día. Este monumento, cuya primera idea tuvo don Wenceslao Argumosa en 1808, fue mandado construir por las Cortes extraordinarias de Cádiz en 1811 y 1812. Las que se reunieron en Madrid en 1814 hicieron exhumar los cadáveres de los mártires de nuestra Independencia y depositarlos en San Isidro, hasta que se construyese la obra; pero destruido el sistema constitucional, se abandonó la idea hasta que se reprodujo en 1821 en que se colocó la primera piedra. En 1825 se deshizo lo hecho y se estrajeron los documentos depositados bajo la primera piedra, colocando otros en su lugar, relativos al casamiento del rey. Abandonadas de nuevo las obras, volvieron á emprenderse despues de 1854 y quedaron terminadas en 1810, trasladándose con toda solemnidad las cenizas de las víctimas al sarcófago preparado para recibir las. El monumento tiene poco mas de cien pies de alto. Su zócalo forma un cuerpo octógono de veinte pies de alto, sobre el cual se asienta el sarcófago, teniendo á uno de sus lados la urna cineraria, de mármol, en el opuesto una alegoría de España, y en cada uno de los otros dos una inscripción. Sobre el sarcófago hay un pedestal dórico, cuyos frentes adornan cuatro estatuas de nueve pies de altura que representan el Patriotismo, el Valor, la Constancia y la Virtud. Por último, sobre el plinto del pedestal se eleva una pirámide cuadrangular de cincuenta y dos pies, en cuyo frente principal se lee: DOS DE MAYO. Un pequeño jardín plantado de cipreses rodea el conjunto, circuido á su vez por una verja de hierro. Según los términos del proyecto de ley sobre honores públicos presentado por el gobierno al senado y que en esos momentos se está discutiendo, el monumento del Dos de Mayo debería desaparecer; pero la comision del senado de acuerdo con el gobierno mismo, lo ha incluido entre los que deben conservarse.

La pobre muchacha, tendida sobre una manta rota y mal envuelta en una mortaja de lienzo de estopa, apagados aquellos ojos amorosos encanto y alegría de los corazones, desmadejada la larga cabellera negra sobre su seno de alabastro en el que se veía la huella sangrienta de dos manos, era una de las víctimas en que mas se habia cebado la crueldad de la soldadesca, y una tambien de las que habian espirado, murmurando en su agonía las santas palabras de todos los mártires de aquella espantosa lucha:

—¡ Viva España!

Lagartija yacía tambien cadáver á su lado. No queriendo sobrevivir á su amada, en un raptó de delirio clavóse en el pecho un cuchillo que todavia empuñaba tenazmente su mano crispada, quedándose con los ojos vueltos hácia la manola, y sonriendo sus labios entreabiertos como si la pidiesen el último beso.

El señor Geromo, de rodillas en un rincón de la estancia mortuoria, rezaba devotamente con Juanelo por los difuntos. Concluido el rezo encendió un cigarro, tosió, escupió por el colmillo, y con acento ronco, pero firme, dijo al carnicero:

—¿ Sabes lo que digo, Juanelo?

—Dígalo su mercé y lo sabremos.

—Yo voy ya caminando pa cincuenta años.

—Así lo creo.

—El día menos pensao, estiro la pata y sansacabó.

—No hay que cavilar en eso, señor Geromo.

—Pues como digo, voy á sentar praza.

—¡ Trempano y con sol! Su mercé está loco.

—Entadia puedo manejar el fusil.

—¿ Y en qué regimiento? ¿ En voluntarios del Estao?

—¡ Quiá! Me paso al francés.

—No cuela.

—Como esa luz que nos alumbra.

—¿ Se güelve su mercé afrancesao, dempues de habel perdido... ¡ Ah! ¡ qué animal! —se interrumpió Juanelo, dándose una palmada en la frente.—¡ Ya caigo!

—Me hago afrancesao—añadió el señor Geromo, acercándose al oído de su interlocutor—pa matar franceses, sin responsalidá. Si pudiera espavilar á Murat (5)!

—Pues yo, que no tengo ya padre, ni madre, ni perrito que me ladre, tamien cambio de camisa. Mañanita á güena hora á ver al general Morral.

—Aquí espero, Juanelo.

Diéronse las manos los dos madrileños, y al día siguiente sentaron plaza como afrancesados... para matar franceses.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

#### EL AFRANCESADO.

En la pequeña villa del Padron, sita en territorio gallego, y allá por el año de 1808, vendía drogas y agua llovediza, á fuer de acreditado boticario, un tal GARCIA DE PAREDES, misántropo solteron, descendiente acaso de aquel varon ilustre que solia matar un toro de una puñada.

Era una noche de otoño. El cielo estaba encapotado por una sola nube parda, que no dejaba paso ni al resplandor de una sola estrella; hacia un frio de todos los demonios, y la total carencia de alumbrado dejaba á las tinieblas campar por su respeto en todas las calles y plazas de la poblacion.

A eso de las diez de aquella pavorosa noche, que aun hacia mucho mas siniestra para los vecinos del Padron la circunstancia de estar ocupada y dominada la villa por soldados extranjeros, desembocó en la plaza que hoy debe de llamarse de la Constitucion un silencioso grupo de sombras, aun mas negras que la oscuridad, el cual avanzó hácia la botica de García de Paredes, situada en un rincón próximo al ayuntamiento, y cerrada completamente desde las Animas, ó sea desde las ocho y media en punto.

—¿ Qué hacemos? dijo una de las sombras en correctísimo gallego.

—Nadie nos ha visto, observó otra.

—¡ Derribar la puerta! añadió un tercero.

—¡ Y matarlos! murmuraron hasta quince voces.

—Yo me encargo del boticario!

—¡ De ese nos encargamos todos!

—¡ Por judío!

—¡ Por afrancesado!

—Dicen que tiene alojados mas de veinte franceses.

—Ya lo creo. Como saben que ahí están seguros, han acudido en monton.

—¡ Ah! ¡ si fuera en mi casa! ¡ tres alojados llevo echados al pozo.

—Mi mujer degolló ayer á uno...

—Y yo, dijo un fraile con voz de rígle, he asfixiado á un capitán, dejando carbon encendido en la celda.

—¡ Y ese infame boticario los protege!

—¡ Que espresivo estuvo ayer en las eras con esos excomulgados!

—¡ Quién lo habia de esperar de García de Paredes! ¡ no hace un mes que era el mas valiente, el mas patriota, el mas realista del pueblo!

(5) Don Francisco Alcalá, compatriota nuestro, prendió á Murat que pretendia sublevar el reino de Nápoles, cuyo trono habia ocupado, y fue arcabuceado en Pizzo siete años despues del Dos de Mayo.

—¡Toma! ¡como que vendia en la botica retratos del príncipe Fernando!

—¡Y ahora los vende de Napoleon!

—Antes nos escitaba á la defensa contra el invasor...

—Y desde que vinieron los gavachos se pasó á ellos...

—¡Y esta noche les da una comida!

—¡Oid qué algazara traen! pues no gritan ¡viva el emperador!

—Paciencia... murmuró el fraile.

—¡Dejémosles emborracharse, repuso una vieja: luego entramos... y ni uno ha de quedar vivo!

—Pido que se haga cuartos al boticario.

—¡Se le hará ochavos si quereis! Un *afrancesado* es mas odioso que un francés. Un *afrancesado* vende y deshonra á su patria: un francés atropella á un pueblo extraño. El francés comete un asesinato: el *afrancesado* un parricidio!

Mientras tenia lugar la anterior escena en la puerta de la botica, *García de Paredes* y sus convidados corrian la orgía mas deshecha y desahogada.

Veinte eran, en efecto, los franceses que el boticario tenia á la mesa, algunos de ellos oficiales, y todos ébrios á la sazón, en fuerza del mucho vino portugués que llevaban consumido.

*García de Paredes* tendria cuarenta y cinco años, era seco, alto, pálido; pero con esa palidez amarilla de la momia que no supone sangre ni aun en el corazón, y que parece provenir de la muerte de la piel. Llegábale la frente á la nuca, gracias á una calva limpia y reluciente, cuyo brillo tenia algo de fosfórico: sus ojos negros y apagados, hundidos en las descarnadas cuencas, se parecían á esas lagunas encerradas entre montañas, que solo ofrecen oscuridad, vértigos y vacío al que las mira de noche; lagunas que nada reflejan; que rugen sordamente algunos días, pero sin alterarse; que devoran todo lo que cae en su superficie; que nada devuelven; que nadie ha podido sondear; que nunca riza el viento; que no se alimentan de ningún río, y cuyo fondo busca la imaginación en los mares antípodas.

La cena era abundante, el vino bueno; la conversación alegre y animada.

Los franceses reían, hablaban, juraban, blasfemaban, cantaban, fumaban, comían y bebían á un mismo tiempo.

Quién habia contado los amores de Napoleon, quién la noche del 2 de mayo en Madrid, cuál la batalla de las Pirámides, cuál otro la ejecución de Luis XVI.

*García de Paredes* bebía, reía y charlaba como los demás ó quizás mas que ninguno, y tan elocuente habia estado en favor de la causa imperial, que los soldados del César le habian abrazado, le habian victoreado, le habian improvisado himnos.

—Señores, habia dicho el boticario: la guerra que os hacemos los españoles es tan estúpida como inmotivada. Vosotros, hijos de la revolución, venís á sacar á España de su abatimiento, á regenerarla, á refundirla, á crearla de nuevo como habeis hecho con Italia, con Egipto y con otros pueblos bárbaros. ¿Qué tenemos aquí? ¿En nombre de qué os hacemos la guerra? En nombre de un rey imbécil, de una reina pervertida, de un gobernante que es la mengua de la nación, ó quizás en nombre de un príncipe que empieza por ser un mal hijo y acabará por ser un mal rey. Y sobre todo; en nombre de una nacionalidad caduca y desautorizada, que nadie respeta, que manejan á su antojo los gobiernos extranjeros y que yace en el oscurantismo de la edad media con su inquisición, sus frailes y sus reyes absolutos. Ahora bien: vosotros nos dejais la verdadera nacionalidad, el nombre de españoles, y nos dais una constitución liberal y las grandes leyes de los pueblos modernos. Solo quereis quitarnos un Borbon tonto, esto es, un francés, para darnos un Napoleon sabio, esto es, otro francés.—Francés por francés, señores, prefiero el vuestro!

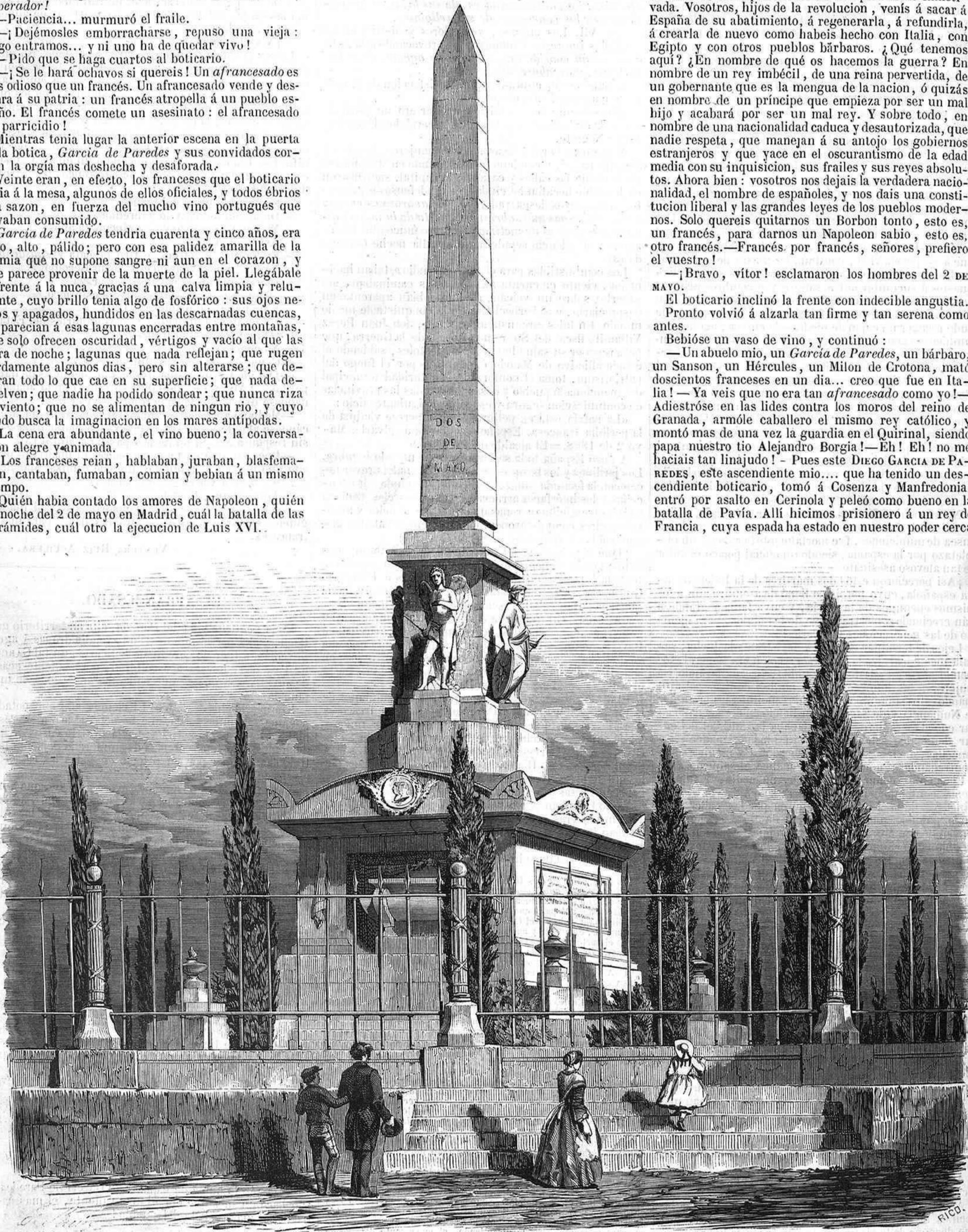
—¡Bravo, vitor! exclamaron los hombres del 2 DE MAYO.

El boticario inclinó la frente con indecible angustia.

Pronto volvió á alzarla tan firme y tan serena como antes.

Bebióse un vaso de vino, y continuó:

—Un abuelo mio, un *García de Paredes*, un bárbaro, un Sanson, un Hércules, un Milon de Crotona, mató doscientos franceses en un día... creo que fue en Italia! —Ya veis que no era tan *afrancesado* como yo! —Adiestróse en las lides contra los moros del reino de Granada, armóle caballero el mismo rey católico, y montó mas de una vez la guardia en el Quirinal, siendo papa nuestro tío Alejandro Borgia! —Eh! Eh! no me haciais tan linajudo! —Pues este DIEGO GARCÍA DE PAREDES, este ascendiente mio... que ha tenido un descendiente boticario, tomó á Cosenza y Manfredonia; entró por asalto en Cerinola y peleó como bueno en la batalla de Pavia. Allí hicimos prisionero á un rey de Francia, cuya espada ha estado en nuestro poder cerca



MONUMENTO AL DOS DE MAYO.

de tres siglos, hasta que nos la robó hace tres meses ese hijo de un posadero que viene á vuestra cabeza y á quien llaman Murat!

Aquí hizo una pausa el boticario: algunos franceses demostraron querer contestarle; pero él, levantándose é imponiendo á todos silencio con su actitud, empuñó un vaso convulsivamente y exclamó con voz atronadora.

—¡Brindo, señores, porque maldito sea mi abuelo, que era un animal, y porque se halle ahora mismo en los profundos infiernos! —¡Vivan los franceses de Francisco I y de Napoleon Bonaparte!!

—¡Vivan!... respondieron los invasores, dándose por satisfechos con este arranque.

Y todos apuraron su vaso. Oyóse en esto rumor en la calle, como si tanteasen la puerta de la botica.

—¿Habeis oido? preguntaron los franceses.

García de Paredes se sonrió.

—Vendrán á matarme, dijo.

—¿Quién?

—Los vecinos del Padron.

—¿Por qué?

—Por afrancesado. Hace algunas noches que rondan mi casa. Pero ¿qué nos importa? Continuemos nuestra fiesta.

—Si... continuemos, exclamaron los convidados: ¡estamos aquí para defenderos!

Y chocando ya botellas contra botellas, que no vasos contra vasos:

—¡Viva Napoleon! ¡Muera Fernando! ¡Muera Galicia! gritaron á una voz.

García de Paredes esperó á que se acallase el brindis, y murmuró con acento lúgubre:

—¡Celedonio!

El mancebo de la botica asomó por una puerta su cabeza pálida y demudada, sin atreverse á penetrar en aquella caverna de lobos.

—Celedonio, trae papel y tintero, dijo tranquilamente el boticario.

El mancebo volvió con recado de escribir.

—Siéntate, continuó su amo; y escribe las cantidades que yo te dicte. Divídelas en dos columnas. Encima de la columna de la derecha pon: *Deuda*, y encima de la otra: *Crédito*.

—Señor... balbuceó el mancebo: en la puerta hay una especie de motín... gritan ¡muera el boticario! y quieren entrar.

—¡Cállate y déjalos! —Escribe lo que te he dicho.

Los franceses se rieron de admiración al ver al farmacéutico ocupado en ajustar cuentas cuando le rodeaban la muerte y la ruina.

Celedonio alzó la cabeza y enristró la pluma esperando cantidades que anotar.

—Vamos á ver, señores, dijo entonces García de Paredes, dirigiéndose á sus comensales. Se trata de resumir nuestra fiesta en un solo brindis. Empecemos por orden de colocación. Vos, capitán, decidme: ¿cuántos españoles habreis matado desde que pasásteis los Pirineos?

—¡Bravo! ¡magnífica idea! exclamaron los franceses.

—Yo... dijo el interrogado, trepándose en la silla y retorciéndose el bigote con petulancia; yo... habré matado... personalmente... con mi espada... poned unos diez ó doce.

—¡Once á la derecha! gritó el boticario dirigiéndose al mancebo.

El mancebo repitió despues de escribir:

—*Deuda*... once.

—Corriente, prosiguió el anfitrión. ¿Y vos? Con vos hablo, señor Julio...

—Yo seis.

—¿Y vos?



ANTONIO VANDICK.

—Yo veinte.  
 --Yo ocho.  
 —Yo catorce.  
 —Yo ninguno.  
 —Yo no sé... he tirado á ciegas... respondia cada

unas cuatro libras de líquido por cabeza. ¡Repito que somos unos héroes!  
 Crujieron á la sazón las tablas de la puerta de la botica, y el mancebo balbuceó bamboleándose:  
 —¡Ya entran!!...

cual segun le llegaba su turno. Y el mancebo seguia anotando cantidades á la derecha.

—Veamos ahora, capitán, continuó García de Paredes. Volvamos á empezar por vos. ¿Cuántos españoles esperais matar en el resto de la guerra, suponiendo que dure todavía... tres años?

—¡Eh! respondió el capitán: ¿Quién calcula eso? —Poned otros once.

—Once á la izquierda, dictó García de Paredes.

Y Celedonio repitió:

—*Crédito*, once.

—¿Y vos? interrogó el farmacéutico por el mismo orden seguido anteriormente.

—Yo... quince.

—Yo veinte.

—Yo ciento.

—Yo mil, respondian los franceses.

—Pónlos todos á diez, Celedonio, murmuró irónicamente el boticario. Ahora, suma por separado las dos columnas.

El pobre jóven, que habia anotado las cantidades con sudores de muerte, vióse obligado á hacer el resumen con los dedos como las viejas. —Tal era su terror.

Al cabo de un rato de horrible silencio, exclamó dirigiéndose á su amo.

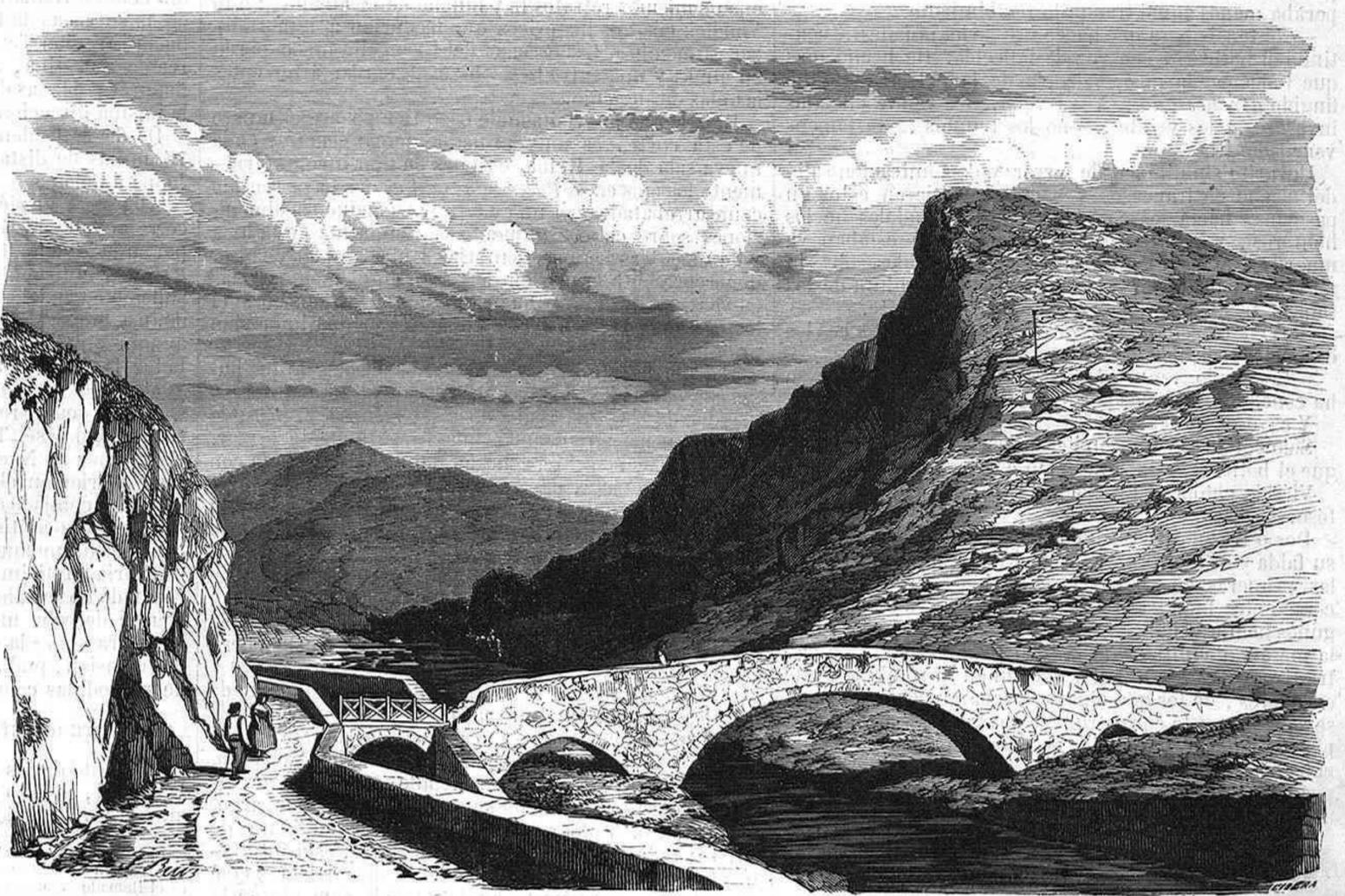
*Deuda*... 283. —*Crédito*... 200.

Es decir, añadió García de Paredes; doscientos ochenta y cinco muertos, y doscientos *sentenciados*! Total cuatrocientos ochenta y cinco víctimas!!!

Y pronunció estas palabras con voz tan honda y sepulcral, que los franceses se miraron alarmados.

En tanto el boticario ajustaba una nueva cuenta.

—¡Somos unos héroes! exclamó al terminarla. Nos hemos bebido cincuenta y siete botellas ó sean ochenta y cinco libras y media de vino, que repartidas entre veinte y uno, pues todos hemos bebido con la misma bizarría, dan sobre



EL PONTON DE LA OLIVA ANTES DE HACER LA PRESA.

—¿Qué hora es? preguntó el boticario con suma tranquilidad.

—Las once... ¿pero no oye Vd. que entran?

—¡Déjalos! Ya es hora.

—¡Hora!.. ¿de qué? murmuraban los franceses, procurando levantarse.

Pero estaban tan ébrios, que no podían moverse.

—¡Que entren! ¡Que entren! exclamaban sin embargo, sacando los sables penosamente, pero sin moverse de las sillas... ¡Nosotros les recibiremos!

En esto sonaba ya en la botica el estrépito de los botes y las redomas que se hacían pedazos, y oíase en el patio este grito unánime y terrible:

—¡Muera el afrancesado!!

Levantóse *García de Paredes* al oír bramar este grito bajo sus plantas, y apoyóse en la mesa para no caer de nuevo sobre la silla. Tendió en torno suyo una mirada de inexplicable júbilo; bañó sus labios la inmortal sonrisa del triunfador, y así, transfigurado y hermoso, con el doble temblor de la muerte y del entusiasmo, dejó vibrar en su voz entrecortada ese acento de inspiración suprema que encuentran las almas religiosas en el toque de agonía.

—¡Franceses!.. exclamó aquel hombre extraordinario. Si cualquiera de vosotros se viera en ocasión de poder vengar la muerte de doscientos ochenta y cinco compatriotas y de salvar la vida á otros doscientos mas; si sacrificando vuestra existencia, pudiérais desenojar la indignada sombra de vuestros antepasados, castigar á los verdugos de doscientos ochenta y cinco héroes y librar de la muerte á doscientos compañeros, á doscientos hermanos, aumentando así las huestes del ejército español con doscientos campeones de la independencia de la patria, ¿repararíais ni un momento en vuestra miserable existencia? ¿dudaríais ni un punto en abrazaros como Sansón á la columna del templo y morir á precio de matar á los enemigos de Dios?

—¿Qué dice? se preguntaron los invasores.

—Señor... ¡los asesinos suben la escalera! exclamó Celedonio.

—¡Que entren! gritó *García de Paredes*. Abreles la puerta de la sala... ¡Que vengan todos á ver cómo muere el descendiente de un soldado de Pavía!

Los franceses, aterrados, estúpidos, clavados en sus sillas por un horrible letargo, creyendo que la muerte de que hablaba el español iba á entrar en aquel aposento en pos de los amotinados, hacían penosos esfuerzos por levantar los sables que yacían sobre la mesa; pero ni siquiera conseguían que sus flácidos dedos asiesen las empuñaduras: parecía que los hierros estaban adheridos á la tabla por una insuperable fuerza de atracción.

En esto inundaron la habitación mas de cincuenta hombres y mujeres armados con palos, puñales y pistolas, dando tremendos alaridos y lanzando fuego por los ojos.

—¡Mueran! exclaman las mujeres lanzándose las primeras.

—¡Deteneos! gritó *García de Paredes* con tal voz, con tal actitud, con tal fisonomía, que unido este grito á la inmovilidad y silencio de los veinte franceses, impuso un frío terror á la muchedumbre, que todo lo esperaba menos aquel tranquilo recibimiento.

—No tenéis para qué hacer uso de los puñales... continuó el boticario con voz desfallecida. He hecho mas que todos por la independencia de la patria!.. Me he fingido afrancesado... Y ya veis... los veinte oficiales invasores... los veinte...—no los toqueis...—están envenenados!!!

Un grito simultáneo de terror y de admiración salió del pecho de franceses y españoles. Dieron estos un paso mas hácia los convidados, sacudiéndoles de los hombros, y hallaron que la mayor parte estaban ya muertos con los brazos y la cabeza estendidos sobre la mesa y la mano crispada sobre la empuñadura de los sables. Los demás agonizaban silenciosamente.

—¡Viva *García de Paredes*! exclamaron entonces los españoles rodeando al héroe moribundo.

—Celedonio... murmuró este; Celedonio... el opio se ha concluido... Manda por opio á la Coruña...

Y cayó de rodillas.

Solo entonces comprendieron los vecinos del Padron que el boticario estaba tambien envenenado.

Viérais entonces un cuadro tan tierno como espantoso.

Dos ó tres mujeres sentadas en el suelo sostenían en su falda y en sus brazos al espirante patriota, siendo las primeras en colmarle de caricias y bendiciones, como antes fueron las primeras en pedir su muerte. Algunos hombres habían cogido las luces que había sobre la mesa y alumbraban arrodillados aquel grupo de patriotismo y caridad. Allí quedaban en la sombra veinte cadáveres, de los que algunos acabaron por desplomarse sobre el suelo con estruendo pavoroso; y á cada suspiro de muerte que se oía, una sonrisa gloriosa iluminaba los labios del mártir de la libertad, que de allí á poco devolvió su espíritu al cielo, bendecido de un ministro del Señor y llorado de sus hermanos en la patria.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

## VANDICK.

Entre los pintores del siglo XVII descuella Vandick como una de las grandes figuras del arte. Nació en Amberes el año 1599; y niño aun, reveló sus eminentes dotes á su buena madre, distinguida paisajista que como por pasatiempo le puso en la mano el lienzo, el pincel y la paleta. Hizo progresos rápidos, sobre todo desde que entró en la escuela de Rubens, el primero de los maestros del Norte.

Era Vandick hombre de elegante figura, de hermosas facciones, de viva y ardiente mirada, de juicio claro é imaginación fogosa, de hábitos y maneras tan artísticas como aristocráticas. Casó con la hija de uno de los lores de Inglaterra; y ni con las rentas de su esposa, ni con los pingües productos de su trabajo, bastaba á satisfacer sus muchas necesidades é insaciables deseos. Tuvo al fin de su vida que prostituir sus pinceles para sostener su fastuoso tren y su inmoderado lujo.

Sobresalió Vandick especialmente en los retratos. Fueron contemporáneos suyos un Tintoretto y un Velazquez; pero los dejó atrás, cuando menos á los ojos de su siglo. Fue llamado el rey de los retratistas, y solicitado vivamente por los grandes personajes de la época. Tuvo en Inglaterra una acogida brillante: trasladó al lienzo casi toda la corte de Carlos I., el príncipe que murió poco después bajo el poder de Cromwell y el hacha del verdugo.

Abundan los retratos de Vandick en el museo de esta corte: en todos se ve fielmente reproducida la naturaleza en todos irradiar el espíritu al través del cuerpo. No dan á conocer simplemente las facciones de sus originales sino tambien el carácter. Se lee en muchos toda una historia. En el semblante melancólico del de Carlos I está como reflejado el destino de tan infortunado monarca; en el del mismo Vandick, la manera de ver y sentir de tan acabado artista. Pertenecía Vandick á esa raza de observadores profundos que, como Tácito y Shakespeare, abarcan de una mirada á sus semejantes y aciertan á pintarlos de un rasgo, como Teofrasto y La Bruyere los distribuyen en categorías y no describen sino tipos. Dotado de fuerza de concepción al par de Ticiano y Velazquez, daba á sus retratos verdadero cuerpo y verdadera vida.

Aun examinados bajo su punto de vista puramente plástico llaman esos retratos la atención del artista. Su dibujo es elegante, correcto, fácil; su colorido, natural; su entonación, agradable y bella. Hay ambiente al rededor de sus figuras, músculos y nervios al través de las carnes, transparencia en el cutis, fibras en los paños, gracia, sencillez, exactitud en los pliegues. Poseía á la vez la ciencia y el arte de la pintura; era por mejor decir dueño absoluto del instrumento con que debía realizar sus concepciones.

Dícese generalmente de Vandick que no acertaba á pintar sino el mundo sensible; que *realista* como nuestro Velazquez, no sabía elevarse jamás á las regiones de lo inteligible ni evocar de antiguos sepulcros los héroes de otros siglos. Mas ¿es acaso cierto? Sobre que en sus mismos retratos hay mucho de idealismo, pintó Vandick cuadros históricos que bastarían á inmortalizar su nombre. Las escenas del Evangelio preocuparon su alma; y una entre todas hizo desbordar á torrentes las olas de su genio.

Si el lector ha visitado de poco tiempo acá el museo de esta corte, es muy probable que al penetrar en la nueva sala de la Reina, después de fijar involuntariamente los ojos en el *Pasmo de Sicilia*, los haya sentido como arrebatados por un cuadro de no pequeñas dimensiones sobre cuyo argumento vierten la luz de la luna y de unas teas las mas sombrías tintas. Aquel cuadro, que representa la prision de Cristo en el monte de las Olivas, es de don Antonio Vandick. Deseamos que el lector recuerde si no causó en su ánimo una impresión profunda.

Debajo de frondosos y gigantescos árboles de que huyen despavoridas las aves nocturnas al siniestro resplandor de las teas, acaba de recibir Judas el beso de paz de su maestro cuando una turba á medio armar, que está ganando el repecho del monte, se precipita con furor sobre Cristo, dando á lo que parece, salvajes alaridos. El movimiento, la violencia, el tumulto de los agresores contrastan vivamente con la calma del hijo del hombre; la irresolución del traidor, con la serena tranquilidad del vendido. Hay ya entre los emisarios de los fariseos quien tiene puesta la mano en el hombro y el brazo de Cristo, quien levanta sobre su cabeza la cuerda con que va á sujetarle, quien se apresta á cerrar el paso como temeroso de que ha de arrollarlos y sustraerse á sus iras. Relumbra en el fondo el hierro de las picas y allá á un lado, á la izquierda, la espada de Pedro pendiente sobre el ya caído cuerpo de Malco: todo respira odio en torno de la dulce figura del Nazareno.

Examinado este cuadro en detalle, presenta graves faltas, sobre todo anacronismos. Véasele, sin embargo, en conjunto. Todo contribuye á realzar la figura de Cristo; todo, el mismo episodio de Malco, está íntimamente enlazado con el pensamiento del artista. ¿Qué pudo haberse propuesto aquí Vandick sino pintar la tranquila dignidad del Hijo de María al ver llegada la

hora de su sacrificio? Cristo aparece en este cuadro como no recordamos haberle visto en ninguno. Lejos de estar aquí afeminado, conserva en medio de su mansedumbre el aire varonil del que en casos dados reprendía á sus apóstoles, increpaba con energía á los escribas y á los fariseos, y viendo convertida su casa de oración en cueva de ladrones arrojaba del templo á los mercaderes y derribaba por su mano las mesas de los banqueros. Ha sabido aquí Vandick hacer un carácter *rico*, es decir complejo, del héroe de que han hecho todas las escuelas místicas un carácter *pobre*. No solamente había lucha en Cristo; había una lucha ruda; lucha del espíritu con la carne, lucha del hombre con el hombre á quien se ofrecía en holocausto, lucha del hombre con el mundo que le rodeaba. Esta lucha admirablemente pintada por Vandick constituye á nuestros ojos la escelencia de su cuadro.

Es una verdadera obra maestra este cuadro: ¿qué importan sus defectos? No hay en todo él mas que doce figuras; y no parece sino que se agita todo un pueblo debajo de su fantástica arboleda. El movimiento de las figuras suplente perfectamente el número: lo raro de las luces y lo vigoroso del claro-oscuro llena de poesía y sublimidad el ya sublime y poético argumento. ¿Qué actitudes las de los agresores! qué inteligencia en el modo como están agrupados! La anatomía, el colorido, la perspectiva, todo está igualmente entendido.

Es cierto que en ningún cuadro se ha elevado Vandick á la altura que en el del *Prendimiento*; mas ¿no basta acaso una sola página para determinar el carácter y el alcance tanto de un pintor como de un poeta? Cada pintor tiene su obra, obra de la cual suelen las demás estar distantes. Estúdiense el *Prendimiento* y se verá reflejada aun en las hojas de los árboles la inspiración de Vandick.

No llega de mucho al del *Prendimiento* el de la Coronación de espinas: se ve con todo en su autor la misma tendencia á buscar un nuevo tipo de Cristo. Vandick aspiraba á abrirse una nueva senda aun en el terreno histórico. ¡Lástima que no se lo permitieran del todo sus necesidades ni tal vez su muerte. Murió Vandick en 1641, cuando no contaba de edad sino cuarenta y dos años.

Discípulo de Rubens, aventajó á su maestro. Maestro de nuestro compatriota Pedro Moya, fue el que mas contribuyó á encender en la frente de Murillo la llama del genio. Su gloria pasará al través de las edades como la de todos los grandes maestros.

F. PI Y MARGALL.

## ESCURSION A LOS SANTOS LUGARES,

POR ARCULFO, OBISPO FRANCO, EN EL SIGLO VII DE NUESTRA ERA, TRANSCRITO EN EL XI POR UN MONJE CLUNIACENSE.

LUGARES CERCANOS A JERUSALEN Y VALLE DE JOSAFAT.

Sitios montaraces rodean la ciudad por el Norte con dirección á Ramatha, y grandes eriales ó masas peñascosas surcadas de tal cual vallecillo no menos agreste hácia la region Tarnítica: por el contrario, hácia Cesarea de Palestina, al Ocaso, vense en general buenas llanuras pobladas de olivos, aunque tambien asoman en la misma dirección escabrosos desfiladeros.

Desde Jerusalem hasta la tierra de Promisión hay 75 millas de distancia, 60 hasta Bersabé y 40 desde Joppe á Belen.

Al Este y al pié de las paredes mismas del templo corre el valle de Gehennon en derechura al de Josafat por su lado septentrional, hácia el Austro, estando regado por el torrente Cedron cuando las lluvias le dan suficiente caudal. El valle de Josafat ofrece el aspecto de una breve y risueña llanura; pero falta de riego, aunque rica en monumentos, entre los cuales son de notar la torre de Josafat, con el sepulcro de este rey, y algo á la derecha un lucillo abierto en las peñas del Olivete, donde reposan el anciano Simeon y el patriarca San José. Tambien se ve en este valle la iglesia redonda de Nuestra Señora, formando dos recintos, uno superior en el que existen cuatro altares, y otro inferior, cobijado de una bonita bóveda de piedra (1), que á su vez contiene un altar de cara á Oriente, y cerca de él un monumento vacío donde el sagrado cuerpo de María Santísima reposó cierto tiempo hasta ser arrebatado no se sabe por quién ni en qué época. Al entrar, á derecha mano, vese empotrada en el cruceo la piedra sobre la que Nuestro Señor oró en la noche de su pasión, pudiendo aun notarse en ella la impresión de sus rodillas como en blanda cera (2).

DEL MONTE OLIVETE Y LUGARES SANTOS QUE CONTIENE.

El monte de las Olivas, distante unos mil pasos de la ciudad, es poco menos alto que el de Sion; pero mas anchuroso y tendido, feraz en trigo y cebada, bien po-

(1) «*Lapideo tabulato discreta.*» Entre los monumentos funerarios que todavía permanecen en el valle de Josafat, uno de los mejores es el llamado sepulcro de Absalon, atribuido en el siglo IV á Ezequías; y ademas se conservan los de Zacharias y Josafat.

(2) El viajero Brocart confirma la certeza de este extremo.

blado de vides y olivos, presentando un terreno no ya breñoso, sino cubierto de florido cesped. En su cima, punto desde donde el Señor se elevó al cielo, existe una iglesia, también redonda, flanqueada de tres cuerdas (3) con pórticos abovedados, y descubierta en su interior en reverencia al pasaje de Nuestro Señor (4). Las huellas que sus santos pies dejaron en el acto de la Ascension, nótanse en un altar cubierto con su bovedilla que está al lado oriental de la iglesia, siendo así que los fieles con indiscreto celo, se llevan cada día parte de la tierra; y que para guarecerle ha sido preciso construir en torno una cerca de bronce de la alzada de un hombre, con su puerta al Ocaso. Encima de este altar, arde día y noche una lámpara colgada de poleas; además otras ocho suspensas también de poleas y cuerdas, derraman abundante luz al través de igual número de ventanas que miran al Occidente, cuyos reflejos llegando hasta Jerusalem colman de entusiasmo y santa compuncion el espíritu de quien los mira.

Cada año en la fiesta titular, desátase una ráfaga tan impetuosa, que los concurrentes tienen que postrarse y permanecer gran rato de cara al suelo. En la propia noche se añaden muchísimas lámparas á las ordinarias, á cuyo espléndido conjunto parece arderse toda la montaña.

#### SEPULCRO DE LAZARO.

Una basílica-monasterio, edificada sobre el monumento de Lázaro, señala el local que este ocupaba en el campillo de Bethania, en medio de estensos olivares. A la parte austral de la misma poblacion, que dista 15 estadios de Jerusalem, hay otra iglesia construída en aquel punto del monte Olivete, donde Nuestro Señor antes de su pasion habló con sus discípulos.

## II.

#### BELEN; SU SITUACION; SUS LUGARES SANTOS.

Belen, al dorso y á diez y seis millas de la capital hácia el Austro, se presenta rodeada de angostos valles, y ceñida al Ocaso en su extremo mas llano de un humilde muro sin torrear, que tendrá de ámbito mil pasos. Hácia el ángulo oriental de este, fórmase una especie de covacha natural con dos recintos: en el primero; segun fama, tuvo lugar el nacimiento de Nuestro Señor; y en el interior, llamado *Præsepe*, revestido ahora de preciosos mármoles, la Virgen María lo reclinó envuelto en pañales. Por cima descuello la grandiosa iglesia de Nuestra Señora, en la que se conserva una pila ahueca la en la pared, donde María Santísima lavó á Jesús por primera vez, teniendo tal particularidad, que aunque la vacien espresamente, luego vuelve á llenarse.

Otra iglesia, en uno de los valles que se prolongan al Aquilon de la ciudad, encierra bajo humilde losa el sepulcro de David, perennemente alumbrado por una lámpara, y también en otra iglesia y en otro valle, hácia el Austro, contiénesse la sepultura de San Gerónimo. Al Oriente, junto á la torre de Adhes ó del Rebaño; á cosa de mil pasos de Belen, una capilla cobija el sepulcro de los tres pastores que recibieron el anuncio del nacimiento.—Sigo aquí la relacion de Arculfo, obispo de las Galias; pero no puedo menos de observar, que segun la positiva asercion de Esdras, el sepulcro de David está en Jerusalem (5).

Cerca y á la vera occidental de la carretera que conduce desde Elia á Chebron (Hebron) traspuesto Belen al Oriente, está el sepulcro de Raquel, cuyo epitafio puede todavía leerse en la piedra tumularia.

#### SITUACION DE CHEBRON Y MONUMENTOS DE LOS PATRIARCAS.

Ocupa Chebron un campo llano, á 92 millas de Elia: á cosa de un estadio de distancia, en una doble cueva al Oriente, existen los sepulcros de los patriarcas (6), dentro de un recinto cuadrado de cabeza al Aquilon, cubierto cañal con su tumbo abovedado, á mauer de basílica, siendo blancos los de los tres patriarcas y mas tosco y oscuro el de Adán: algo separados de los primeros y al confin boreal de la cerca; también hay tres lucillos bajos y feos consagrados á la memoria de sus respectivas consortes.

Distante mil pasos de estos monumentos, en direccion boreal, asoma el collado de Macabré cubierto de malezas y matorral, con su vértice aplanado, en el cual se conserva á la parte de Aquilon, el tronco muerto de la encina de Abraham, que dos hombres apenas podrian abrazar. Una capilla de humilde techo protege esta reliquia venerable (7).

Un montecillo poblado de pinos, al Norte y á tres millas de Chebron, á mano izquierda del camino, abastece de maderas y leña á los habitantes de Jerusalem, los cuales trasladan sus cargas á lomo de camello, porque en toda la Judea apenas se conocen carretas ni carros.

(3) «Ternas cameratas».

(4) «Propter Dominici corporis meatum», dice el original.

(5) Es en efecto tradicion recibida, que el lugar de descanso del Rey Profeta se halla en el monte Sion, en el lugar que ocupa hoy día una pequeña mezquita musulmana.

(6) Adam, Abraham, Isaac y Jacob.

(7) Ciertamente el emperador Constantino habia mandado erigir una iglesia en el supuesto local de la morada de Abraham y del terebinto, á cuya sombra recibió el santo patriarca á los tres ángeles.

#### DE JERICÓ Y SUS LUGARES.

Disto Jericó de Elia 94,000 piés al Oriente. Destruída por tres veces hasta flor del suelo, solo conserva para testimonio de la fe, la casa de Raheb, reducida á cuatro paredones sin techumbre. En el ámbito de sus ruinas crecen ahora vides y mieses, y desde las mismas hasta el Jordan en espacio de 5 ó 6 millas, véanse grandes bosques de palmeras alternados de pequeños verjales, que los cananeos cultivan.

Junto á las paredes de una iglesia de Gálgala; algo mas allá, subsisten las doce piedras que Josué mandó tomar del Jordan, tan gruesas que dos hombres apenas podrian levantarlas, y una de ellas rota no sé por qué caso, fue vuelta á juntar mediante un espigon de hierro.

Cerca de Jericó, una fuente sobrada para beber, si bien escasa para el riego, tenia antes la virtud de hacer fecundas á las mujeres estériles; pero habiéndose maleado, el profeta Eliseo la volvió á componer echando en ella un vaso de sal (8).

El hermoso llano de Jericó largo de 70 estadios y ancho de 90, está repartido como hemos dicho en graciosas huertas y variados bosquecillos de palmeras, criando entre otras cosas enjambres de abejas de una calidad superior, el aleña, el mirabolano, el opobálsamo que destila su rico producto en rubicundas lágrimas por unos canutillos que al efecto los labradores hincan en el tronco del árbol, etc., etc. El agua es allí de las mas regaladas, fresca en verano y templada en invierno, y el ambiente tan apacible, que aun en la época mas rígida los habitantes solo usan vestidos de lienzo.

Un monte árido y abandonado descuello por cima de la ciudad, prolongándose desde Sextópolis hasta la region Sodomítica y las playas del Asfáltico, y otro opuesto tiéndese por toda la línea del Jordan desde Viliades hasta el territorio de Zarus ó Goaros en la Arabia Petrea, con el nombre de Montaña de Hierro. En el promedio de ambos, ábrese el campo *Grande* de los antiguos, en hebreo Aulon, con longitud de 3,200 estadios y latitud de solos 120, surcado desde el confin de la aldea de Gennavar hasta el lago Asfáltico por el río Jordan, cuyos ribazos de aluvion ofrecen la vista mas agradable, criando buenos frutales, al revés del terreno restante que es muy árido.

#### JORDAN. MAR DE GALILEA.

Nace el Jordan, segun común sentir, en la provincia de Fenicia, al pié del Líbano, donde está la ciudad de Panias ó Cesarea de Filipo, y brota mas adelante del mismo monte Pánio, por una cueva que el rey Agripa mandó pulimentar y decorar.

Como quiera, en la Trachonitida, á 13,000 pasos de Cesarea, hay una fuente en figura de cuenco, llamada por esta razon *Phiala* (vaso ó copa), en la cual el agua se infiltra secretamente sin rebosar ni decrecer, y prueba de que en ella toma origen el Jordan, uniéndose con el Pánio por conductos subterráneos, es que el tetrarca Filipo hizo arrojar en la misma unas pajas, las cuales seguidamente volvieron á aparecer lanzadas por el Pánio. Al desembocar, cruza un lago cortando sus márgenes, y sin nueva interrupcion sigue su curso hasta la ciudad de Viliades, en trecho de 15,000 pasos, atravesando luego el lago de Genezar, y corriendo con rodeo prolijo, despues de abandonar buena parte de su caudal en las avenidas del Mar Muerto, que tiene una apariencia lechosa. En este mar fenece, pero discurre todavía un buen espacio.

El lago de Genezar, por otro nombre Mar de Galilea, está circuido de profundas selvas; tiene 140 estadios de largo y 40 de ancho; sus aguas dulces y potables, nada ofrecen de turbio ni pantanoso, y sus playas de menuda arena, aparecen orladas de pueblecillos. Al Oriente de Viliades y de Hippos, y al Ocaso de Tiberiades tiene salubres fuentes termales, que crian peces variados, superiores á los del otro lago.

#### NATURALEZA DEL MAR MUERTO.

Sus dimensiones son: 575 estadios de longitud hasta Zarus de Arabia, y 150 de anchura hasta las cercanías de Sodoma, en cuyo sitio antes del incendio de las cinco ciudades, alcanzaba á inundar unos pozos de sal que allí habia. Distínguese perfectamente desde el monte Olivete: cuando le agitan las tormentas, depone sobre los peñascos una sal fuertísima, la que secada por el sol es de grande utilidad así á los naturales, como á las naciones extranjeras. Distinta de esta es otra que se cria, segun dicen, en un monte de Sicilia, de calidad superior y apropiada para mil usos, la cual se estrae del suelo en terrones, y es la llamada sal de la tierra.

Denomínase Muerto este mar, porque no consiente clase alguna de seres vivos, ni peces, ni aves, ni aquellas manadas de bueyes y camellos que se suelen chapuzar en el agua, y si por acaso aumentado por las lluvias invernales, atrae alguno de los peces que descienden con el Jordan, los mata en seguida rechazándolos á la superficie, por efecto de su densidad. Una luz encendida sobrenada en sus aguas sin oscilar, y todo

(8) En este párrafo y en los inmediatos hay particularidades no contenidas en la traduccion francesa, tomadas quizá de Josefo ó de noticias particulares que utilizó el transcriptor del siglo XI.

cuerpo extraño arrojado á su seno retrocede sin llegar al fondo; Vespasiano mandó hacer la prueba precipitando en él unos hombres maniatados que no sabian nadar, y flotaron sin menoscabo (9). Esta agua es áspera y aceda, de un color hosco, tirando á hollin, y tiene mezcladas unas glebas betuminosas, líquidas y negruzcas, las cuales recogidas por medio de escobas, dan un betun tan fuerte que resiste al hierro, cediendo solo á la orina ó á la sangre menstruada. Es muy bueno para calafatear buques, y también se usa para ciertos medicamentos.

Todo aquel país conserva aun el sello de la maldicion divina: unas manzanas que allí se crian hermosísimas á la vista y de apariencia la mas apetitosa, conviértense en ceniza apenas cogidas, echando humo como si vieran fuego. Densos vapores gravitan durante el verano sobre la llanura, los que recalentados por efecto de la sequedad y aridez del suelo, corrompen el ambiente, ocasionando lastimosas enfermedades.

#### DEL LUGAR DONDE EL SEÑOR FUE BAUTIZADO.

Marca este sitio una gran cruz de madera, colocada á un tiro de honda de la márgen oriental del río, bañada en parte por el agua, y á veces cubierta del todo por ella en las grandes avenidas. Aquende el ribazo, sobre una loma, está el monasterio de San Juan Bautista, desde donde por una puente arqueada, se baja á adorar la referida cruz. También al extremo del río, en el lugar en que se guardaron los vestidos del diuino bautizando, existe una iglesia cuadrangular sostenida por cuatro pilares de berroqueña, y cubierta con una bóveda de barro cocido, donde suelen ceñirse y cobijarse los que descienden al río.

Ocho jornadas median desde el punto de salida del Jordan cerca del mar de Galilea, hasta el de su entrada en el Muerto, segun queda ya explicado.

#### LANGOSTAS Y MIEL SILVESTRE.—FUENTE DE SAN JUAN.

Consérvase aun la especie de langostitas de que el Santo Precursor se alimentaba: son largas como de un dedo; de cuerpo escuálido, fáciles de coger en la yerba, y cocidas en aceite, constituyen un misero alimento. Dánse también en el desierto unos árboles de hoja ancha, redonda, blanda y masticable, color lechoso y sabor melífero, los que pasan por ser la miel silvestre.

Allí mismo está la fuente de San Juan Bautista, chorreando un limpio manantial bajo un tejadillo de piedra, cuyos bordes están muy usados á causa de las frecuentes visitas.

#### POZO DE JACOB JUNTO A SICHEM.

Cerca de la ciudad de Sicheim, ahora Neópolis, muéstrase una iglesia que forma cuatro brazos, á manera de cruz: en el centro de ella está la fuente ó pozo de Jacob, profundo de cuarenta codos, de á dos palmos cada uno. Junto á la misma el Señor se dignó pedir de beber á una mujer samaritana.

#### TIBERIADÉ, CAFARNAUM, NAZARETH Y SUS LUGARES SANTOS.

Al Aquilon de la ciudad de Tiberiade, pasado el mar de Galilea, encuéntrase el sitio donde el Señor multiplicó los panes y los peces, formando una esplanada hermosa, nunca mas cultivada desde entonces, en la cual hay una fuente, que sirvió para apagar la sed de los que participaron del milagro.

Descendiendo de Jerusalem á Cafarnaum, se ha de pasar por Tiberiade, y costeano el mar de Galilea por el sitio de la bendicion de los panes en cuyas cercanías está Cafarnaum, hácia los límites de Zabulon y Nefalí. Es pueblo abierto, tendido en angosto espacio á orillas del mar, en la direccion de Occidente á Oriente, entre un cerro al Aquilon y el lago al Austro.

Nazareth, como la anterior, carece de muros; pero en cambio tiene grandes edificios y dos iglesias suntuosas; una de ellas cimentada sobre dos bóvedas y pilares, sobre el local de la casa donde el Señor pasó su infancia casi en el centro de la ciudad. En su parte subterránea hay una fuente muy clara que surte de agua á los vecinos, quienes la estraen desde arriba en vasijas, con ayuda de cuerdas y poleas. La otra iglesia está en el sitio donde el ángel se apareció á María Santísima.

(Se continuará.)

JOSE PUIGGARÍ.

#### CORNELIO, EL CIEGO DEL ESCORIAL.

A principios del siglo actual habia en el monasterio del Escorial un digno é instruido religioso, el padre Guallalupe, célebre por las eruditas relaciones conque deleitaba á cuantos viajeros curiosos acudian á admirar las maravillas de aquel magnífico templo. Al morir este religioso dejó un discípulo, no instruido, pero digno de llamar la atencion. Cornelio Burgos, que habia nacido en el Escorial en 1783, era hijo de un administrador de los bienes del convento, y durante su juventud

(9) Este hecho tomado de Josefo, es una prueba de las adiciones al texto de Arculfo, que sobre la fe del presente historiador, se permitió el comentarista á quien traducimos.

tuvo ocasion de frecuentarlo y recorrer todos los patios, salones, celdas y habitaciones del vasto edificio, notar sus cuadros, admirar sus riquezas. A los veinticuatro años tuvo la desgracia de perder la vista, y habiéndose quedado imposibilitado por esta causa para ejercer su oficio de sastre, despues de varias vicisitudes, entró á servir en la fonda titulada de Milanese establecida en el pueblo. Allí solia acompañar á muchos viajeros á visitar el convento; y acompañándolos oia las descripciones del padre Guadalupe, las cuales tomó de memoria á fuerza de oirlas repetir; y esto unido al conocimiento de los sitios, ha hecho que Cornelio aparezca siempre como un notable é indispensable *Cicerone* para todos los que van á visitar la suntuosa basílica de San Lorenzo. Pocos serán los que llegando al monasterio hayan dejado de admirar la seguridad con que Cornelio camina sin tropezar ni equivocarse nunca por todo el edificio desde la sacristia y el templo al panteon, á las galerías superiores, á la torre, subiendo y bajando con la misma facilidad que si estuviera dotado de vista, deteniéndose donde hay algo que mostrar y explicándolo con claridad y precisión.

Desde la muerte del padre Guadalupe, Cornelio ha estado en posesion de su cargo de *Cicerone* manteniéndose de las gratificaciones que le daban los viajeros. Hoy sin embargo, cuando no solo su ceguera, sino su avanzada edad de 75 años no le permiten dedicarse á otra ocupacion, se ha visto destituido digámoslo así de sus funciones por una notabilidad, por un famoso pastor de memoria extraordinaria que presentado á la reina ha sido enviado al monasterio, y que en poco tiempo se ha aprendido todos los catálogos y todas las noticias, y si se los enseñanse aprenderá segun la facilidad que en él se advierte todos los libros de la biblioteca.

El que quiera mas pormenores acerca de la vida de Cornelio Burgos puede consultar la lujosa *Historia descriptiva y pintoresca del Escorial* que publica don Antonio Rotondo. Nosotros terminaremos estas líneas manifestando el deseo de que se tengan en cuenta la edad avanzada y los méritos del pobre ciego, y ya que se le prive de lo que formaba digámoslo así su patrimonio, se le señale algun socorro conque pueda ponerse al abrigo de la indigencia.

## REVISTA DE LA QUINCENA.

La segunda quincena de abril ha sido célebre por los crímenes que en ella se han cometido y que revelan un malestar moral, digno de llamar la atencion de los encargados de remediar esta clase de males. Despues del desgraciado suceso del coronel Verdugo, que referimos en la revista anterior, se cometió un robo de 2,000 duros en metálico y 3.000,000 de reales en títulos de la deuda, que fueron estraidos con violencia á la señora baronesa de Casa-Buil. Habia anunciado esta señora la venta de unas guarniciones, y con el pretexto de comprarlas se presentaron dos personas que habiendo encontrado sola á dicha señora con su criada, las ataron y amenazaron hasta obtener el dinero que buscaban. Los vecinos acudieron despues á los gritos de la criada y hallaron á su ama debajo de unos colchones medio sofocada. Casi al mismo tiempo que se verificaba este robo se presentaban tres sujetos decentemente vestidos en casa de un cambiante de la calle de Toledo, solicitando el cambio de 6,000 duros, que dijeron tener en plata, por billetes y oro. El cambiante envió á su dependiente con los fingidos caballeros para que contase el dinero y ajustase el premio; y ellos le llevaron á una casa de la calle de la Escalinata que el día antes habian alquilado para el objeto. Una vez en ella no se sabe lo que pudo pasar: sin duda le pidieron el dinero; pero el dependiente por precaucion no habia querido llevarlo. Lo cierto es que cuando á consecuencia de las pesquisas de un hermano suyo y de otras personas interesadas, la autoridad, despues de muchas instancias, pasó á las doce de la noche á abrir el cuarto de la calle de la Escalinata, que ya por ciertas particularidades habia infundido sospechas, halló al desgraciado dependiente muerto á navajadas. Pocos días despues de este lamentable suceso un hombre, poseido sin duda de un rapto de desesperacion ó de demencia, se arrojó por un balcón de la calle de la Aduana y espiró á las pocas horas, dejando una esposa



CORNELIO, EL CIEGO DEL ESCORIAL.

y tres hijos en la desgracia. Otra joven en Cádiz se arrojaba al mismo tiempo desde la muralla, y en Valladolid se hundia el almacén de la compañía del ferro-carril del Norte, cogiendo debajo á varios desdichados. En Brunete estando sola en su casa con dos niños la mujer de un guarda de campo, se presentó un ladrón vestido de mujer: conocido antes de perpetrar el hecho, la madre se encerró con uno de los niños; pero el ladrón apoderándose del otro la amenazó con matarlo si no abria la puerta. Ejecutada luego esta horrible amenaza y habiendo logrado romper parte de la puerta, la mujer desesperada buscó y halló una pistola de su marido y en el momento en que el criminal iba á entrar, le derribó muerto de un balazo. Al ruido acuden guardias civiles, registran el cadáver, le hallan un pito, le tocan, y al sonido se presentan otros tres ó cuatro criminales: trábese una refriega y dos de ellos quedan en poder de la guardia civil.

En medio de esto no han cesado los robos sacrílegos, y hace pocos días fue robada la iglesia llamada de la Buena Dicha, en la calle de Silva, la imagen de San Andrés Avellino, escultura de mérito, pero de no muy fácil traslacion; pues tenia una vara de altura desde la peana.

La imaginacion popular, fácilmente excitable, ha añadido al catálogo de estos crímenes, desgraciadamente ciertos, otra multitud de ellos enteramente falsos y hasta inverosímiles, pero no menos creídos que los otros. Háblase de un aguador, llevado tambien á un cuarto desahogado y sometido allí á una operacion que le habilitaria para entrar de guarda en el serrallo del gran turco, cuéntase de un maestro de escuela que degolló á un niño por tomarle un billete de la última lotería agraciado con el premio mayor; y se refiere con todos sus pormenores y señales, como al rey don Pedro de Portugal le ha dado veneno su confesor al administrarle el sacramento de la Comunión.

Dejando ya aparte este triste capítulo y pasando á cosas, mas agradables, diremos que se acerca el tiempo de la llegada de las aguas del Lozoya. Créese que se hará en breve una prueba en el Campo de Guardias y van á continuar con actividad las obras para la distribucion de las aguas por medio de las correspondientes cañerías. A su tiempo daremos una descripción minuciosa de toda la obra que hace honor á los que la han dirigido y en especial al ingeniero D. Lucio del Valle. Hoy presentamos la vista del ponton de la Oliva, tal como se hallaba antes de la construccion de este gran canal.

En Sevilla se inauguró el 15, bajo la presidencia de los duques de Montpensier, la esposicion de agricultura, industria y bellas artes, que ciertamente segun nos escriben, hace honor al ingenio y al trabajo andaluces. La corte, que continua en Aranjuez, se prepara, segun dicen para una expedicion de recreo á Valencia y Alicante, la cual comenzará el 12, abriéndose al mismo tiempo la explotacion del ferro-carril de Alicante para el servicio de mercancías. Tambien se anuncia para esa fecha la inauguracion del trozo de camino de hierro de Villasequilla á Toledo. Entonces tendremos á la antigua capital de Es-

paña á dos horas cortas de Madrid y Madrid á quince horas del Mediterráneo.

Está llamando la atencion en la galería principal del edificio de la Trinidad ó sea del ministerio de Fomento, el hermoso cuadro que ha pintado en Roma D. German Hernandez Amores, aventajado artista pensionado por el gobierno en aquella capital. El cuadro representa á Alcibiades en casa de una cortesana en el momento en que Sócrates, su maestro, se presenta á echarle en cara su afeminacion. Ya hablaremos de este cuadro con mas detenimiento; y pues que el gobierno por un real decreto publicado últimamente ha trasladado á setiembre la esposicion de bellas artes que debia celebrarse en el mes de mayo inmediato, no será esta la única obra que el señor Hernandez Amores envíe á la admiracion y al aprecio de sus compatriotas.

Sigue atrayendo gran concurrencia al teatro de Novedades el *Baltasar* de la señora Avellaneda, y la empresa no dejará de ponerlo en escena hasta que nos sorprenda con otra novedad ruidosa. En el *Principe* las representaciones del *Lago de las Hadas*, baile tan aplaudido hace catorce años, han conquistado nuevos aunque no tan ruidosos triunfos á la Guy, que conserva toda su gracia y ligereza, y sino toda su juventud, por lo menos las apariencias. La *Zarzuela* nos ha ofrecido una linda produccion representada á beneficio de la Murillo, con el título de *Amar sin conocer*, letra del señor Olona, música de los señores Barbieri y Gaztambide. El público la ha aplaudido con justicia, si bien acaso con menos de la que merecia porque ciertamente *A mar sin conocer*, en el su-

puesto de que sea completamente original, es un progreso en el camino que guía á la fundacion de la ópera española. No que la obra nos parezca exenta de defectos; pero están muy superados por las bellezas.

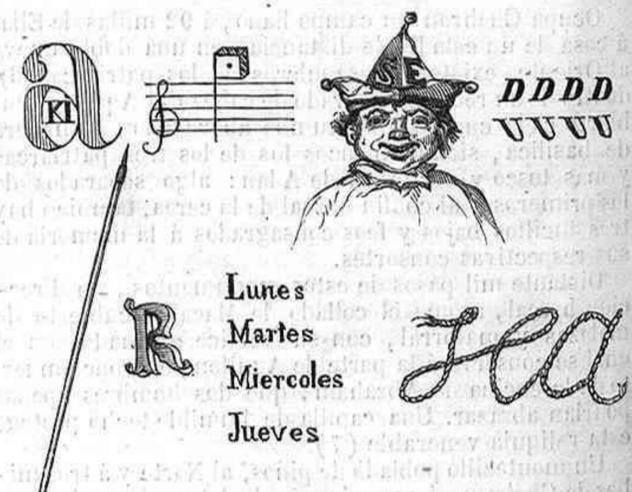
En el *Circo* se ha representado con buen éxito el *Rey del mundo*, produccion original del señor Larra. Hay en ella alguna exageracion y puede decirse en cierto modo que al componerla su autor, *fecit indignatio versus*: pero cuando el mal es grave, aunque el azote moral sea algo duro, no importa.

En el teatro francés se han puesto en escena tambien con buen éxito una delicada piececita con el título de *Un caprice* y otra de gran chiste titulada *L' affaire de la rue de l' Oursine*. En ellas se distinguieron la Meunier Fleury, y Jullien, Pascal y Donatieu.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## Geroglífico.



SOLUCION DEL ANTERIOR.

Muchos ajos en un mortero mal los maja un majadero.

DIRECTOR. D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG.  
EDITORES. MADRID: PRINCIPE. 4. 1838.